



ISLAS, 47(143):5-16; enero-marzo, 2005

Elena Palmero
González

*Calibán en perspectiva:
caminos de una
metáfora en el discurso
latinoamericano de la
identidad*

Significativo ejemplo de reinterpretación de una figura¹ de la cultura europea en nuestras tierras es Calibán. Procedente del drama shakesperiano, Calibán germina como metáfora dominante en la composición utópica del imaginario histórico de la generación modernista hispanoamericana, continuará presente en el pensamiento de los años cuarenta, para ser luego decisiva en nuestro ensayismo anticolonial de los sesenta. Hoy, a más de un siglo de tan fecunda presencia en nuestro pensamiento, el personaje-metáfora² reaparece como aporía en el discurso poscolonial contemporáneo. Me pregunto, qué cualidad tan especial encierra esta figura para transitar tan productivamente por nuestro ensayo resignificándose permanentemente. Intento, en consecuencia, seguir el hilo de su desarrollo, trazando las principales direcciones en su interpretación como lugar simbólico de la identidad cultural latinoamericana, y reflexionando sobre su naturaleza, oximórica, y contradicto-

¹ Uso el concepto de figura propuesto por Bouchard (2003): "Toda representación o sistema de representaciones elaborado por un enunciador, susceptible de difundirse, de ocupar un lugar en el imaginario social, y anclarse en él. La figura es una imagen (o símbolo) de segundo grado, en el sentido de que corresponde a un agrupamiento, a un agregado, a un principio organizador de imágenes. Ella ejerce un efecto estructurante dado que se presenta como una configuración de imágenes o resulta de la acción combinada de varias imágenes, de la cual ella es una especie de denominador común" (traducción mía. EPG).

² Uso el concepto tomado de Gayatri Spivac (1987), y luego asimilado por Roberto Fernández Retamar en su *Adiós a Calibán* (1993).

[5]



ria, pero siempre representativa, a la hora de articularse un pensamiento sobre la identidad continental.

El origen del nombre Calibán ha sido sumamente estudiado. La tesis más aceptada es la de que es una deformación o anagrama de la palabra “caníbal”. Esta, a su vez, proviene de “caribe”, apelativo con el que Cristóbal Colón nombró a la presunta tribu antropófaga del mar Caribe, y que debió articularse gracias a la idea de que estos pueblos eran habitantes del reino del Gran Kan, lugar del que hablaba Marco Polo en sus *Viajes*.

La afinidad fonética, gráfica, y en cierto sentido semántica entre ellas, nos permite correlacionar entonces Calibán-Caníbal-Caribe, como lo propone Roberto Fernández Retamar en su conocido ensayo *Calibán. Apuntes sobre la cultura en Nuestra América* (1971), si bien lo más probable es que Shakespeare solo correlacionara su Calibán con la palabra “caníbal”.

Personaje de la conocida obra dramática *La Tempestad* (1611), Calibán en el drama shakesperiano es un monstruo horrible que habita una isla desierta adonde llega Próspero y lo esclaviza. Calibán aprende la lengua de Próspero, pero se resiste a él. La lengua le sirve, como el propio personaje dice, para maldecirlo y odiarlo. Calibán es, en la pieza dramática, terrenalidad, lujuria, sensualidad devoradora, y es también tierra humanizada, criatura transformada, que jamás volverá a ser igual a la de antes de la llegada de Próspero.

Más tarde el personaje será retomado por Ernest Renán, en su drama de 1878, *Calibán*. Esta vez el personaje es leído bajo los evidentes efectos de la Comuna y del pensamiento finisecular francés. Calibán esta vez se subleva a su amo, solo que, tomado el poder, no sabe usarlo pues le falta intelecto y capacidad de dirección para ello.

De estos referentes europeos, el pensamiento latinoamericano toma entonces la figura de Calibán, tensa su condición metafórica, y le da nuevas significaciones en nuestras tierras.

Calibán en el ideario modernista

El primer escritor latinoamericano en trasladar los personajes de *La Tempestad* a nuestra realidad y resemantizarlos en nuestras tierras, es el nicaragüense Rubén Darío, quien en *El triunfo de Calibán* (1898), *El crepúsculo de España* (1898) y *Edgar Allan*

[6]



Poe (1905) identifica a Calibán con los Estados Unidos, en lo que este país evidenciaba ya de salvaje y deshumanizado, reivindicando la espiritualidad de Ariel, otro de los personajes de la obra, como metáfora del alma delicada de nuestra América hispánica.

El 2 de mayo del mismo año en que ve la luz *El triunfo de Calibán*, Paul Groussac, director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, pronunciaría un discurso en el teatro La Victoria, en la capital argentina, en el que hace la misma identificación calibánica con los Estados Unidos, además de presentar, como Darío, la misma oposición entre el enemigo norteamericano y las virtudes de la cultura hispánica.

Y dos años después, en 1900, el uruguayo José Enrique Rodó publicaría su conocido ensayo, *Ariel*, en el que polariza, como el nicaragüense, la simbología Ariel-Calibán. Si bien su Calibán es siempre referencial ante el protagonismo que tiene Ariel, puede leerse también en Rodó la oposición entre la torpeza de uno y el espíritu noble y alado del otro.

La mayoría de las interpretaciones sobre este Calibán del discurso finisecular del 98 coincide en distinguir la identificación que estos intelectuales hacen entre lo calibánico y el naciente imperialismo norteamericano, así como la identificación del espíritu de Ariel con las aspiraciones de la cultura latinoamericana.

Sabemos que 1898 fue un año clave en nuestra historia continental y en consecuencia un momento fundamental en la redefinición de la identidad latinoamericana por parte de nuestra intelectualidad. En el año en que se cumplían las previsoras palabras martianas acerca del creciente interés de los Estados Unidos sobre nuestras tierras de América, nuestros intelectuales reaccionan con un discurso airado y rotundo, si bien expresivo de limitaciones ideológicas para el entendimiento de las verdaderas raíces del sistema colonial. Es el caso de *El triunfo de Calibán*, enérgico alegato nacido al calor de la intervención norteamericana en la isla de Cuba, donde Darío expone abiertamente su rechazo al águila norteamericana en favor de las “virtudes” morales y culturales de una cultura hispánica idealizada por el poeta. También lo será el discurso de Paul Groussac, que como el de Darío, nace a propósito de la intervención norteamericana en Cuba, ocasión en que se refiere a la amenaza yanqui con la metáfora del cuerpo monstruoso de los Estados Unidos para

[7]



distinguir, en contraposición, los “valores” de la presencia española en América.

Esa exaltación de los valores de la latinidad también está en Rodó, si bien *Ariel* difiere de ambos por su tono reposado, y por la presentación de su figura en coordenadas espaciales más ambiguas.

El imperativo de la hora, como puede verse en estos ejemplos, generará un discurso de la identidad que remite habitualmente a oposiciones binarias como norte/sur, latinos/bárbaros, lo hispánico/lo anglosajón, y un discurso que nombrará lo yanqui bajo los conceptos de utilitarismo, materialismo, barbarie, vulgaridad, frente a los que opondrá los valores del hispanismo como cultura superior en virtudes morales, espirituales y culturales. Es así que la figura de Calibán alimenta la composición utópica del imaginario histórico de esta generación, pues como afirma Carlos Jáuregui,³ la apropiación latinoamericana de los personajes del drama shakesperiano es, sin duda, una cuestión generacional.

Pero hay evidentes contradicciones en este discurso calibánico del 98, y acaso la más sobresaliente, considerando el desarrollo posterior de la metáfora, pudiera ser la de no encontrarse jamás en este discurso una identificación de Calibán con la resistencia del colonizado al poder hegemónico del imperialismo, como luego sí lo veremos en el ensayismo anticolonial escrito por los caribeños George Lamming o Fernández Retamar. Evidentemente Darío y Rodó no se reconocen en el monstruo colonizado que maldice al usurpador, se reconocen en Ariel, un Ariel que tampoco es expresión del drama del intelectual latinoamericano que luego tan eficazmente estudiará Fernández Retamar.

En ese sentido, otra paradoja significativa es la de no hallarse en toda su retórica ningún momento en que se relacione a Calibán con el concepto de caníbal, y por tanto con la significación ideológica que el discurso latinoamericano de la identidad da al término. El anagrama, que para nosotros es prácticamente obvio, no lo fue para los modernistas, a pesar de encontrarse en sus escritos frecuentes imágenes como “búfalos de dientes de

³ Carlos Jáuregui: “Calibán: icono del 98. A propósito de un artículo de Rubén Darío”, *Revista Iberoamericana (Balance de un siglo. 1898-1998)*. (184-185), 1998.

[8]



plata”, o “comedores de carne cruda”. Solo que estas imágenes aparecerán siempre con valor negativo, para referirse a los Estados Unidos, y nunca asociadas a la idea de asimilación cultural.

Y la más compleja de las paradojas es su identificación con España, una España colonizadora contra la cual los cubanos acababan de liberar una larga guerra de independencia, presentada por estos ensayistas de fin de siglo como “la hidalga y agobiada España”. Este razonar, además de ofensivo a Cuba y la herencia política del independentismo latinoamericano, es muestra de las escasas armas del discurso finisecular para entender la esencia del colonialismo y el imperialismo, y es expresivo por demás de las pobres herramientas del humanismo burgués para entender su tiempo.

Como hemos visto, y siguiendo el razonar de Jáuregui, el discurso modernista de fin de siglo no alcanza a pensar su época fuera de un aristocrático manifiesto de latinidad. Como asegura el crítico, esta visión del imperialismo norteamericano como una contradicción a la tradición hispánica es un síntoma del desencuentro de estos intelectuales con la modernidad, y una marca de los límites de su lectura a la cultura y la historia de su tiempo. Quedan pues sus ensayos, y su visión de Calibán, como expresión de los debates de la época, como muestra de los alcances y límites del discurso del 98 frente a la modernidad, el imperialismo y la identidad continental.

Calibán en el discurso anticolonial de los años 60

Calibán reaparece nuevamente en 1938, en la obra del argentino Aníbal Ponce, quien en su libro *Humanismo burgués y humanismo proletario* consigue diferenciarse significativamente del discurso precedente, a la vez que da continuidad al movimiento de la figura. Ponce ve en *La Tempestad* una expresión de la lucha de clases y en Calibán y Ariel a dos posibles revolucionarios. Así mismo advierte de Calibán el problema del colonialismo en la medida en que se adelanta a dudar de la monstruosidad de Calibán, pensando más bien en la enorme injusticia de su dueño. Estas reflexiones de Ponce me parecen de suma importancia, pues advierten una nueva lectura del Calibán, que es la que predominará años más tarde, en el ensayo latinoamericano de tema anticolonial.

[9]



Será la lectura que haga el escritor barbadense George Lamming en su libro de ensayos *The pleasures of exile* (1960), el primer intento de un escritor caribeño por defender a Calibán a manera de redención del pasado, argumentando que su historia pertenece al futuro. Y también la lectura que haga el martiniqueño Aimé Cesáire, si bien en otro género, en el teatro, pero en el mismo espíritu, con su obra *Une tempête* (1969), en la que reivindica la figura de Calibán como metáfora de la redención negra en nuestras tierras. Cesáire desmitifica el texto de Shakespeare, llenándolo de nuevos sentidos en su reconstrucción de nuevos ejes topológicos, y otros caracteres, y su Calibán pasa a representar la negación de la dialéctica del colonialismo.⁴

Luego el cubano Roberto Fernández Retamar en su ensayo *Calibán. Apuntes sobre la cultura en Nuestra América* (1971), sistematiza uno de los momentos más interesantes de reflexión sobre esta figura, considerando además que ella le acompañará durante muchos años y en sucesivos ensayos, en una suerte de saga culturológica que incluye a “Calibán revisitado” (1986), “Calibán en esta hora de nuestra América” (1991), “Calibán 500 años más tarde” (1992), “Calibán y la antropofagia” (1999), y “Adiós a Calibán” (1993). Del Calibán de 1971 a este último, discurrirá un rotundo discurso de la identidad latinoamericana en voz del ensayista cubano, quien cierra la saga con la idea de que la metáfora de Nuestra América puede hoy ser otra, pero que el estatus colonial de nuestra cultura aún subsiste.

Fernández Retamar desde su primer trabajo de 1971 tiene la virtud de situar la figura de Calibán en un cronotopo histórico y cultural perfectamente reconocible, el espacio del Caribe y el tiempo del descubrimiento y la instauración del sistema colonial en América. Ya desde esta precisión, comenzamos a releer el concepto-metáfora de otra manera, y la figura comienza a adquirir un signo diferente del que le dieron Darío o Rodó.

No se trata, para Retamar, de criticar el pragmatismo norteamericano, sino de poner en crisis las bases mismas del colonia-

⁵ Precisamente Mignolo toma el concepto de Retamar («Nuestra América y Occidente», *Casa de las Américas* (9):36-57, 1976 y a partir de él desarrolla toda su teoría del pos-occidentalismo, concepto que en su criterio es el que mejor define nuestra condición de pos-colonialidad en América Latina.

[10]





lismo como sistema. De esta manera aquella contradicción Estados Unidos-España, que dominó el discurso de los modernistas, es sustituida por la contradicción colonizador-colonizado. Al hacer énfasis en un Calibán como signo de la relación colonial, Retamar supera la oposición Calibán-Ariel por la antítesis Calibán-Próspero, relación que, sin duda, es la que en verdad expresa el drama de América.

Paralelamente Ariel, para Retamar, deja de ser la representación abstracta del espiritualismo, para convertirse en la expresión del intelectual latinoamericano que se debate entre servir a los intereses de Próspero, o a los del esclavo Calibán. Como mismo Calibán es resignificado, Ariel también adquiere con Retamar un signo inverso, ahora como propuesta del intelectual de estas tierras que también sufre los efectos de la condición colonial. En este sentido Ariel se revela no exactamente como la antítesis de Calibán, sino como su aliado natural.

Un elemento de extraordinario valor en el ensayo de Retamar es remitir, con todo su sentido ideológico, a la asociación originaria entre caribe y caníbal, correlato de Calibán, como expresión de la asimilación transcultural. Una de las más importantes aportaciones del libro, según comenta Walter Mignolo (1998)⁵, es precisamente que Fernández Retamar no construye un discurso anti-occidental, sino que redirige su análisis hacia un discurso pos-occidental, recuperando la imagen de una América Latina que surge híbrida y multicultural frente a quienes le dieron sus lenguas, una América que en el acto de apropiación de *lo otro* revierte la propia colonización, y cuyo acto de asimilación revela su resistencia al dominio.

Para algunos teóricos como Gayatri Spivak (1987), sin embargo, el Calibán de Retamar está aún inmerso en la cultura masculina y logocéntrica, amén de ser expresivo de una falsa visión de progreso, fruto aún del viejo concepto ilustrado tan recurrente en el discurso de los años setenta. Así mismo para Jorge Ruffinelli (1992), Calibán resulta insuficiente en las actuales circunstancias posmodernas, ante los espacios reclamados por las mujeres, por las minorías sexuales y raciales.

Y estas afirmaciones no están lejos de la realidad. Ciertamente el ensayista enuncia su discurso aún desde los límites de un lenguaje patriarcal, y en cierto sentido su discurso no consigue superar el pensamiento estructural. Solo que siete años antes de

[11]



que Edward Said desmontara las nociones europeas que construyeron la idea de Oriente en su libro *Orientalismo* (1978), Retamar ya desconstruía las nociones colonialistas de Occidente al definir una Latinoamérica fragmentada y mestiza. Es en ese sentido que, a mi manera de ver, su relectura de Calibán es imprescindible a la hora de rastrear las raíces de un pensamiento subalterno desde nuestros países invadidos y colonizados, y es fundamental a la hora de entender y explicar nuestra condición de pos-colonialidad, o pos-occidentalidad, como diría Mignolo.

Urge a estas alturas, y luego de hacer referencia al ensayo de tipo cultural, legitimar la presencia de la figura de Calibán en el discurso filosófico, específicamente en la obra de Leopoldo Zea. Recordemos que su fundamental *Discurso desde la marginación y la barbarie*, de 1988, cierra con un bello epílogo dedicado a reflexionar sobre el sentido del Calibán shakesperiano y presentar el encuentro y desencuentro entre Próspero y Calibán como símbolo paradójico de la relación hegemónica conquistador-conquistado. Tempranamente el filósofo mexicano había utilizado la figura de Calibán en su ensayo *Las dos Américas* (1944), en el que recuperaba la representatividad de Calibán/Ariel, no precisamente como opuestos, sino como propuesta de síntesis para superar la dicotomía entre las dos Américas. La idea de una unidad que los equilibre, de un Calibán al servicio de Ariel en la misma proporción que un Ariel dé finalidad a Calibán, fue la expresión de su temprana idea de unidad espiritual panamericana.

Calibán ante el discurso poscolonial

Ante la explosión de los estudios poscoloniales y la crisis del paradigma estructural, en una época marcada por la quiebra de los sistemas totalizantes, la clausura de la representación y la renuncia a desarrollar paradigmas críticos desde visiones eurocéntricas de la cultura, la figura de Calibán comienza a ser leída de otra manera.

Hoy comienza a ser común la tesis de que tanto Ariel como Calibán han quedado fuera de lugar como espacio de representación de nuestra identidad cultural, en la medida en que

[12]



precisamente ha entrado en crisis toda pretensión de representatividad.

“No parece fácil, hoy día, alzar a Calibán o Ariel como símbolos culturales de nuestra América y difícilmente esta pueda sintetizarse en un símbolo único. Más interesante y representativo de la situación actual latinoamericana sea quizás partir del reconocimiento de la dificultad de condensar la multiplicidad cultural”.

Esta afirmación de Felipe Arocena [1993:183] coincide con la de Eduardo de León cuando este argumenta que el orden social moderno se caracteriza por la imposibilidad de restaurar de modo duradero, algún monopolio simbólico [1993:239], o con Jorge Rufinelli cuando asegura que: “Calibán funcionó como discurso cultural posmoderno, en cuanto introdujo en su momento una perspectiva desconstructiva desde la heterogeneidad de la multiculturalidad. Pero esa presunta condición posmoderna, que en el contexto de los años setenta fuera condición de su vigencia como símbolo identitario alternativo para América Latina parece no funcionar en el nuevo contexto de los años noventa, e ingresar en la señalada crisis de representatividad que parece acompañar inevitablemente a todo intento de condensación simbólica” [1992:272].

Y estos criterios pueden ser ciertos en la medida en que se imponen otros paradigmas teóricos para el análisis en las ciencias humanas y sociales. Sólo que se hace imprescindible también pensar en la necesidad de fundamentar la pertinencia de un Calibán resignificado, cuya vigencia utópica le dé nuevos sentidos en el actual contexto.

Calibán, como unidad total y monosimbólica, puede carecer de funcionalidad para expresar la diversidad de identidades de nuestro espacio cultural, sabemos además que es sospechoso apelar a representaciones articuladas desde “la ciudad letrada” [Rama, 1995] para expresar los sectores socioculturales de sus márgenes, como también sabemos que el Calibán hasta aquí estudiado precisaría resignificarse desde la mujer o el homosexual, en cuanto formas reales de la *otredad*. Ahora bien, la pertinencia de Calibán como expresión de nuestra identidad cultural, puede ser argumentada si validamos el concepto de utopía, entendida esta no como falso utopismo, ni tampoco como aceptación de sus anunciadas muertes. Y puede ser argumentada también si se considera la na-

[13]



turalidad metafórica de su constitución, conociendo que es sustancial a la metáfora un espacio vacío de permanentes resignificaciones de acuerdo con su uso y contexto.

Sabemos que la utopía es un referente trascendental desde el cual analizamos lo imposible para tornarlo posible, de tal manera el referente utópico no es ausencia, es contrariamente, presencia, proyecto. Desde esta perspectiva, Calibán no es un referente empírico actual, pero sí un referente utópico.

Ante la crisis de paradigmas que azota nuestra sociedad, Calibán puede ser un referente para pensar críticamente nuestra situación cultural. Su apertura a la diferencia y lo subalterno puede darle nuevas significaciones en el actual clima cultural de nuestra América. Desde esta perspectiva es que apelo a un Calibán resemantizado, a un Calibán expresivo de lo múltiple y diverso más que de lo unitario. Desde estas condiciones el concepto-metáfora no llega a su fin, más bien abre, como en otras veces, su espacio en blanco a nuevas significaciones.

Bibliografía

- Ardao, Arturo: *Nuestra América Latina*, Ediciones de la Banda Oriental, Temas Latinoamericanos, Montevideo, 1986.
- Arocena, Felipe: "Ariel, Calibán y Próspero: Notas sobre la situación cultural de las sociedades latinoamericanas", en: *El complejo de Próspero. Ensayos sobre cultura, modernidad y modernización en América Latina*, pp.177-199, Vintén Editor, Montevideo, 1993.
- Bouchard, Gerárd: *Raison et contradiction: le mythe au secours de la pensée*, Nota bene/Cefan, Québec, 2003.
- León, Eduardo : "Un inquietante juego de espejos", en: *El complejo de Próspero. Ensayos sobre cultura, modernidad y modernización en América Latina*, pp. 225-242, Vintén Editor, Montevideo, 1993.
- Deleuze, Gilles et Félix Guattari: "Les personnages conceptuels", *Qu'est-ce que la philosophie?*, pp. 60-81, Paris, 1991.
- Darío, Rubén: *Los raros*, Maucci, Barcelona y Buenos Aires, 1905.
- _____: *Escritos dispersos de Rubén Darío*, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1968.

[14]



- _____: «El triunfo de Calibán», ed. y notas de Carlos Jáuregui. *Revista Iberoamericana (Balance de un siglo. 1898-1998)*, (184-185), 1998.
- Fernandez Retamar, Roberto (1971): *Calibán. Apuntes sobre la cultura de nuestra América*. Editorial La Pléyade, Buenos Aires, 1973.
- _____: *Para un perfil definitivo del hombre*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1981.
- _____: “Calibán revisitado”, *Casa de las Américas* (157), julio-agosto, 1886.
- _____: “Calibán en esta hora de nuestra América”, *Casa de las Américas* (185), oct.-dic., 1991.
- _____: “Calibán 500 años más tarde”, *Nuevo texto crítico* (11), primer semestre, 1993.
- _____: “Calibán y la Antropofagia”, *Nuevo texto crítico*. XII (23-24), ene.-dic., 1999.
- _____: «Adiós a Calibán.» *Casa de las Américas*, (191), abril-junio, 1993.
- _____: *Todo Calibán*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 2000.
- Jameson, Frederic: «Prefacio a Calibán”, *Nuevo Texto Crítico* (35): 3-8, 1990.
- Jáuregui, Carlos: «Calibán: ícono del 98. A propósito de un artículo de Rubén Darío», *Revista Iberoamericana (Balance de un siglo. 1898-1998)*, (184-185), 1998.
- Mignolo, Walter: “Pos-occidentalismo: el argumento desde América Latina”, *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*, University of San Francisco y Ed. Porrúa, 1998. (Coord. Santiago Castro y Eduardo Mendieta).
- Moreno Durán, R. H.: *De la barbarie a la imaginación. La experiencia leída*, Tercer Mundo Editores, Colombia, 1988.
- Montaigne, Michel de: «Des cannibales», *Essais*, 3 vols, I (31):303-319, Librairie Générale Française, Paris, 1972.
- Ponce, Aníbal: *De Erasmo a Romain Rolland. Humanismo burgués y humanismo proletario*. Editorial Futuro, Buenos Aires, 1962.
- Rama, Ángel: *La ciudad letrada*, Ed. Arca, Montevideo, 1995.
- Rodo, José E.: “Ariel”, en: *Obras Completas*, vol. II, pp. 110-218, Ed. Barreiro y Ramos, Montevideo, 1956.
- Rodríguez Monegal, Emir: “Las metáforas de Calibán”, *Vuelta*, (25), diciembre, 1978.

[15]



- Roig, Arturo-Andrés: «Calibán y el 98», en *Latin American Literary Review* (50) 133-137, 1997.
- Ruffineli, Jorge: “Calibán y la posmodernidad latinoamericana”, *Nuevo Texto Crítico*, Stanford University, (9-10): 297-302, 1992.
- Shakespeare, William: *Obras completas*, notas, estudio preliminar y traducción de Luis Astrana Marín, 2tt., Aguilar, México, 1991.
- Spivak, Gayatri Chakravorty: “Subaltern Studies. Deconstructing Historiography”, *Other Worlds. Essays in Cultural Politics*, p. 198, Nueva York, 1987.
- Toumson, Roger: *Trois Calibán*, Ed. Casa de las Américas, La Habana, 1981.
- Zea, Leopoldo: *Discurso desde la marginación y la barbarie*, Anthropos, Barcelona, 1988.



[16]

